

Homilía para Junio 17, 2012

Nuestras lecturas de hoy son sobre renovación y fe. El lenguaje tanto en la primera lectura como en el Evangelio es un lenguaje de parábola, las historias que a menudo Jesús usaba para comunicar un mensaje. Oímos sobre brotes que son arraigados y semillas que son plantadas. Esto es la lengua que entiendo porque uno de mis placeres es tomar un brote de una planta y arraigarla para que crezca una nueva o plante una semilla de dátil, un aguacate, o un mamey. Ruth dice que yo veo la renovación de una planta como un desafío. Por supuesto, Ruth me conoce muy bien y, por supuesto, ella tiene la razón.

Mis intentos más recientes de hacer crecer un árbol de mamey han sido frustrados dos veces por la vida silvestre en nuestro jardín. La primera vez que planté una semilla, coloqué una red metálica sobre ella, y una ardilla sacó la red y se comió mi semilla. La segunda semilla que planté, coloqué la red sobre ella, y sujeté la red con ladrillos. Esta vez una ardilla listada se arrastró por un pequeño agujero, y se comió mi semilla de mamey. Así, el desafío permanece.

Pero la frustración de la gente mencionada en la primera lectura es mucho más grave.

El profeta Ezequiel se dirige a la gente de Dios, los judíos que han sido tomados cautivos en Babilonia. En el Salmo 137 escuchamos su canción de lamento:

1

Al borde de los canales de Babilonia
nos sentábamos y llorábamos

2

al acordarnos de Sión;
en los sauces que por allí se encuentran
habíamos colgado nuestra arpas.

3

Allí los que nos habían deportado
nos pedían palabras de una canción,
y nuestros raptores un canto de alegría:

«¡Cántennos un canto de Sión!»

4

¿Cómo íbamos a cantar un canto del Señor
en un suelo extranjero?

Ezequiel asegura a aquellos judíos que, al igual como al principio de la primavera cuando los arbustos sacan sus brotes, cualquiera de nosotros puede tomar aquel brote y arraigarlo, Dios los plantará «en la montaña más alta de Israel». Todos sabrán que el poder de Dios es mayor que el poder de un rey terrenal cuando él responde a su gente fiel.

Nuestra lectura del Evangelio contiene dos parábolas. La segunda es similar a la primera lectura. Ambos usan ejemplos extraños, hasta extravagantes. Un cedro no es un árbol que cualquiera piensa en arraigar, y el árbol maduro es enorme. Puede crecer a alturas de más de treinta y nueve metros con un tronco de dos y medio metros de diámetro. La planta de mostaza negra es una planta anual que puede crecer casi tres metros de altura, pero crece de una semilla muy pequeña. Algunos piensan que es una mala hierba. Así, estas dos historias extravagantes son contadas para animar la fe de la gente de Dios. Es justo como si yo sólo les dijera a ustedes, «Mi querida comunidad hispana, sean valientes. Dios tomará un brote de un roble y lo plantará en Washington, D.C., y éste florecerá de modo que todos irán a él para refugiarse de la injusticia». U otra vez, «Manténganse fuertes en su fe. La tradición hispana católica será como un arbusto de rosa silvestre que germina entre los arbustos que lindan con los pastos en algunas granjas de Iowa. Este crecerá sobre ellos y todos disfrutarán de sus flores».

La primera parábola en nuestra lectura del Evangelio es acerca de sembrar semillas. En este caso somos los sembradores. Esto me recuerda al uso de esta misma imagen por San Pablo. La gente de la iglesia en Corinto está luchando entre sí. San Pablo escribió,

. . . me han hablado de que hay rivalidades entre ustedes. Puedo usar esta palabra, ya que uno dice: «Yo soy de Pablo», y otro: «Yo soy de Apolo», o «Yo soy de Cefas», o «Yo soy de Cristo» (I Corintios 1:11-12).

La respuesta de san Pablo a estas disputas es,

¿Qué es Apolo? ¿Qué es Pablo? Son servidores que recibieron de Dios dones diferentes, y por medio de los cuales ustedes llegaron a la fe. Yo planté, Apolo regó, pero el que hizo crecer fue Dios (I Corintios 3:5-6).

Cuando comencé esta homilía, dije que las parábolas tanto en la primera lectura como el Evangelio se dirigen a la renovación y fe. Una mujer mayor vivía detrás de nosotros cuando nos mudamos a Ames. Ahora disfrutamos de un árbol muy alto que ella plantó, y recuerdo lo que dijo cuando ella lo plantó. «Yo no viviré para verlo sombrear esta casa, pero algún día lo hará». Debemos hacer la voluntad de Dios tal como la conocemos hoy en día, y no tenemos idea acerca del resultado. Como escuchamos en nuestra segunda lectura, «Siempre tenemos confianza . . . Caminamos guiados por la fe, sin ver todavía». Como escuchamos en el salmo de hoy, «El justo crecerá como la palmera, se alzará como cedro del Líbano». Ante la injusticia y desánimo, debemos tener confianza. Caminamos guiados por la fe, sin ver todavía. Cuando la gente nos ridiculiza o critica a nosotros o a nuestra fe, siempre debemos tener confianza.

Caminamos guiados por la fe, sin ver todavía. Que Dios fortalezca nuestra fe para que podamos tener confianza porque caminamos guiados por la fe, sin ver todavía.